

dor; añadiendo que de no hacerlo así mataría al cortante.

El canciller en cambio, dió orden á los carniceros de no vender carne á los que no pagasen los impuestos y los autorizó para que se resistiesen é hiriesen con sus cuchillos á los agresores si eran atacados. Creció el motín con esto, la orden del rey fué desatendida, encendióse en cólera Don Fernando y airado pidió á los cancilleres satisfacción del agravio.

Reunido el Consejo de Ciento, resolvió que el canciller Juan Fivaller se presentase al rey acompañado de doce prohombres de todos los estamentos y le pidiese reparo por el quebranto que habían sufrido las prerrogativas de la ciudad.

En la primera entrevista que tuvo Juan Fivaller con el rey le dijo que su deber era pagar los impuestos de la ciudad, como había jurado en Cortes al ser reconocido rey. Rechazó Fernando la demanda y amenazó á Barcelona con los efectos de su cólera.

Retiróse el canciller, reunióse el Consejo de Ciento en sesión permanente y se puso el pueblo sobre las armas, se cerraron las puertas de las casas y tiendas amenazando un serio conflicto que el rey quiso evitar llamando á Juan Fivaller.

Este creyó, como era de presumir, que el llamamiento equivalía á una sentencia de muerte; recibió los Sacramentos después de haberse confesado; despidióse de su mujer é hijas, vistió la gramalla negra para indicar el luto de la ciudad por el quebrantamiento de sus privilegios, y se dirigió al palacio real precedido de un veguero que llevaba cubierta la maza con un crespón negro, acompañado de doce escuderos y seguido de un paje que le sostenía la falda de